



MI

TESTIMONIO

PERSONAL

José Gsell

Todo comenzó de la forma más inesperada hace unos 25 años. Por entonces yo trabajaba en cooperativas rurales y era miembro de un movimiento juvenil cuya finalidad era la promoción y desarrollo de los agricultores que representaban aún, en gran mayoría, una clase de mucha pobreza.

En relación con este trabajo fui llamada a París y allí descubrí por casualidad una revista llamada "Vie Chrétienne", que acababa de comenzar a publicarse. El número que cayó en mis manos tenía la recensión de un libro, titulado "Servir en la Iglesia", con el subtítulo "la Génesis de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio". Era la traducción francesa de una serie de conferencias del P. Hugo Rahner. La lectura del artículo me llevó a comprar el libro. ¡Y entonces fué ella! Yo nunca había hecho ejercicios y seguramente no pude entender todo lo que en el libro se decía, pero lo que llegué a entender tuvo en mí una profunda resonancia. Me entusiasmé y decidí acudir a un Padre Jesuita con quien me había encontrado una vez en el movimiento juvenil en que trabajaba. Le hablé del libro y terminé diciendo: "Creo que voy a hacer los treinta días de Ejercicios". Aquel era un hombre prudente, y se contentó con responder: "Ah" no dijo

que no, pero tampoco dijo que sí. Lo noté y comencé a preguntarme si el Padre estaba realmente convencido del valor de los Ejercicios. No se me ocurrió que quizá dudaba de mi madurez para dicha experiencia. ¡Se tarda tiempo en llegar a un juicio objetivo sobre uno mismo! Fue este mismo Padre el que, sabiendo la impresión que me había causado este libro, me sugirió las CVX, que justamente entonces comenzaban a funcionar en mi país. Y así pedí ver al capellán nacional, quien me explicó lo que eran las CVX, y me hice miembro de un grupo.

#### **A. MI EXPERIENCIA DE LA FORMACION POR MEDIO DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA**

Viniendo a mi experiencia en las CVX debe distinguir dos períodos:

-el primero, de unos diez años, en que residí en París (un período de hallazgos, de profundizar y averiguar si las CVX eran la llamada del señor para mí),

-un segundo período, el tiempo que he estado en Roma trabajando en el Secretariado Central al servicio de las CVX en todo el mundo.

##### **PRIMER PERIODO**

Mirando atrás al primer período, aquellos diez años en París, tres experiencias clave se destacan poderosamente:

1. la experiencia, repetida cada año, de unos días de ejercicios;
2. la experiencia de grupo;
3. las dos decisiones que tuve que tomar cuando se me pidió trabajara a tiempo completo por las CVX, primero en mi propio país, y luego en Roma.

#### **1. Mi experiencia anual de los Ejercicios Espirituales**

Los primeros Ejercicios que se nos propusieron fueron unos de cinco días, dados en grupo en silencio riguroso, por el P. Laplace, que nos daba dos charlas al día

(compuesta cada uno de dos partes: una de consejos prácticos o anotaciones, y la otra una introducción a la oración, meditación...) Cinco días son una experiencia muy corta y nos preguntamos a veces si se les puede llamar verdaderamente Ejercicios Espirituales. Pero sé por mi propia experiencia que fue como echar los cimientos de mi vida. La gracia de un profundo encuentro personal con Cristo y de reconocer el llamamiento a hacerse discípulo suyo fue como abrir una nueva era en mi vida: el tiempo después de los Ejercicios no era ya lo mismo que antes de los mismos. Y cuando al fin de ellos el P. Laplace nos dio tres puntos sobre los que reflexionar y orar:

-¿cuáles han sido las ilustraciones y gracias de estos ejercicios?

-¿cómo puedo ser fiel a ellas en mi vida ordinaria?

-¿cuáles son los medios que pueden ayudarme?

estaba ya en construcción un puente entre los Ejercicios y la vida diaria y se iniciaba al menos una forma de integración.

Al año siguiente hice otros ejercicios, esta vez de 8 días, y desde entonces opté por unos Ejercicios personalizados de ocho días cada año. Sólo cuando vine a Roma hace 14 años hice la experiencia completa de los Ejercicios en la vida corriente. Cuando vuelvo la vista a estos Ejercicios de 8 días del primer período y lo que han supuesto en mi vida; tengo que decir que los considero hitos que orientaron decisivamente mi vida **paso a paso**. Y digo paso a paso porque cada uno de estos Ejercicios ha arrojado luz para el paso siguiente, con lo que he aprendido lo que significa caminar por una senda fijada por Otro. Aprendí que la vocación no está nunca detrás de uno sino que se va desarrollando a medida que se camina; es una invitación de Alguien que camina delante de ti. Aprendí que lo que cuenta es ser fiel a la gracia de hoy y no desviarse por sendas escogidas por uno mismo o buscar escape en planes y proyectos ilusorios; lo que cuenta es vivir el momento presente en toda su complejidad, captando todos los aspectos de la vida y haciéndose cada vez más sensible y atento a una

Presencia que da vida. Las cosas fueron haciéndose más reales cada vez y descubriendo profundidades antes escondidas. Las personas, los acontecimientos, las situaciones no eran solamente lo que se ofrecía a la vista; había en juego mucho más. Estos han sido descubrimientos muy fundamentales. Es verdad que había oído a otros decir estas cosas y creí que las había entendido. De hecho, había entendido sus palabras pero ahora descubría la enorme diferencia existente entre las palabras, o la mejor descripción posible, y la experiencia, una experiencia vivida.

"Oigo y me olvido  
Veo y me acuerdo  
Hago y entiendo"

(Confucio)

De esta creciente conciencia de la presencia y amor del Señor en mi vida fue también como salieron a plena luz las sombras, las limitaciones y la pecaminosidad. Mis reacciones, tendencias, estilo de vida, etc. se iban presentando en mi horizonte, pero sin oprimirse jamás. Mientras que antes el examen de conciencia o la preparación para recibir el sacramento de la reconciliación consistía en algo semejante a hacer una lista de prendas por lavar, se fue convirtiendo cada vez más en un doloroso caer en la cuenta de un amor traicionado y un encuentro con Jesús Salvador.

Lo que muy pronto me llamó la atención en la experiencia repetida de los ocho días de Ejercicios personalizados fue que cada vez parecían comenzar donde había llegado en el año anterior (o si había repetición, lo era de forma diferente). Caí en la cuenta de que este tipo de Ejercicios no es un programa que se aplica desde fuera. Te lleva adonde estás, respetando tu paso, y recibes el paso siguiente posible como un don. Era un viaje, un proceso. Advertí con asombro que mi vida experimentaba cambios que evidentemente no eran resultado de mis propios esfuerzos. Cosa que habían tenido gran importancia en mi vida habían perdido de repente mucho de su atractivo. Algo estaba

ocurriendo. Alguien estaba actuando y mi parte consistía solamente en entregarme con más libertad. La práctica asidua de la prontitud y la disponibilidad en la vida diaria, un día programado con un rato de meditación por la mañana y una evaluación al terminar el día - incluso con fallos de vez en cuando en estas prácticas normales - tales eran los medios que me iban revelando y realizando las gracias recibidas en los Ejercicios. Un buen ejemplo es que con mucha frecuencia mi evaluación o examen de conciencia toma como punto de referencia las ideas y gracias de mis últimos Ejercicios.

No he usado a la ligera la palabra "hitos" para describir lo que han sido los Ejercicios en mi vida, y sé que muchos otros seglares podrán decir lo mismo: son como un tiempo de revelación, de estar cerca del Señor, que profundiza y confirma nuestra vocación y da sentido a nuestra vida. Esto es precisamente lo que hace los Ejercicios un instrumento tan útil para nosotros los seglares. Nuestras muchas responsabilidades (profesionales, familiares, sociales, políticas...) son muy absorbentes y serias, y fácilmente pueden oscurecer la finalidad de nuestra actividad, si no descubrimos los medios para unificar nuestra vida, y orientarla al servicio de los demás. Porque, en respuesta al amor recibido, crece una pasión que busca comunicarse para que el Señor sea amado por todos los hombres.

Mi familia y mis actividades anteriores me había ya preparado a servir, pero los Ejercicios transformaron mi concepto de servicio. Me hicieron reconocer que existe diferencia entre la acción que emprendemos por iniciativa propia y la acción en que aplicamos el discernimiento; entre un servicio que he escogido, apoyado en mis propias luces y fuerzas y una vida cada vez más entregada a la voluntad del Señor. Mi experiencia de los Ejercicios me hizo caer en la cuenta de que ser discípulo de Jesús significa participar en su misión, que lo único que cuenta en este camino marcado por el Señor es decir sí como la Virgen y luego atenerse a este sí un día tras otro.

## **2. La experiencia de grupo**

Cuando entré en las CVX, mi grupo estaba en sus co-

mienzos. Eramos once personas mayores (cuatro parejas, una mujer casada cuyo marido no había entrado, yo única soltera, y teníamos un jesuita como capellán). Ninguno nos conocíamos con anterioridad. Creo que se podría decir que todos buscábamos algo, aun cuando muchos no supieran qué era lo que buscaban. Pero cada cual traía su buena voluntad y el deseo de tomar las cosas en serio. Y así fue como comenzamos. Naturalmente, en el comienzo el capellán marcaba la dirección, ya que ninguno de nosotros hubiera sabido lo que hacer. Nuestras reuniones eran muy sencillas pero muy reales y causaban gran impacto en nuestro crecimiento personal y de grupo. Nos reuníamos por turno en la casa de un miembro del grupo, y como la reunión se tenía por la tarde, llegábamos directamente del trabajo, comenzamos compartiendo nuestros bocadillos: una oportunidad para charlar sobre lo que había pasado desde nuestra última reunión y una forma de hacer tiempo hasta que llegasen los que venían de más lejos. Entonces comenzábamos. El programa normal era el siguiente: un rato de oración y luego otro de intercambio. El rato de oración le servía al capellán para ayudarnos a meditar un texto de la Escritura e iniciarnos en la oración con algún consejo práctico sobre cómo prepararse para la oración, cómo orar, etc. Me llamó la atención el parecido que encontré en estas instrucciones y las de mis primeros Ejercicios: primero prepararse y luego tomar el texto. Seguían 15 minutos de silencio, concluidos por un intercambio sobre nuestra meditación o una oración espontánea, y el Padre Nuestro. La segunda parte consistía las más de las veces en compartir nuestras experiencias en un determinado aspecto de la vida. Por ejemplo, la vida de familia, amistades, trabajo, oración, entrega, cómo empleábamos el tiempo, las necesidades del entorno... Este intercambio se preparaba con dos o tres preguntas que se nos daban de antemano y se referían a nuestras experiencias, de forma que no nos refugiáramos en un intercambio de ideas. Estos intercambios tuvieron un poderoso impacto en nuestras vidas: eran una pausa para reflexionar sobre nuestra vida: qué era lo que vivíamos y cómo lo

vivíamos. El expresar nuestra experiencia nos hacía caer en la cuenta de ella. Estos intercambios estimulaban el proceso de una conciencia más profunda en nuestras vidas y produjo, unas veces conscientemente, otras inconscientemente, un contraste con el evangelio que habíamos meditado en nuestro rato de oración. Nuestras reuniones tenían un parecido con los Ejercicios: la misma inspiración, en resumen, una confrontación de nuestra propia vida con el Evangelio en clima de oración, con un corazón más y más a la escucha. Más aún, el grupo en el que cada cual, por turno, comunicaba su propia experiencia y escuchaba la de otros resultó ser, con el tiempo, un verdadero aprendizaje: escuchar a otros requiere silencio, respeto, apertura y amabilidad respecto al otro. Era como recibir una enseñanza primaria en actitudes básicas tales como atención, aceptación y respeto por los demás, silencio interior, etc., justamente aprendiendo a practicarlas.

Este tipo de reuniones tuvo un efecto inmediato en el clima general del grupo: la amistad, la apertura y el respeto fueron creciendo, nos sentíamos cada vez más en casa en el grupo, lo considerábamos como nuestro grupo. El fallo que veo ahora es que nuestras reuniones no eran lo bastante frecuentes (cada 3 semanas), y así el proceso de grupo era más lento. Idealmente deberíamos habernos reunidos una vez a la semana, o al menos cada dos semanas. A pesar de esto, el grupo llegó a ser el lugar donde nos ayudábamos mutuamente a vivir como cristianos en los diferentes aspectos de la vida, en medio de aquéllos con quienes vivíamos, y en la profesión que ejercíamos. Así, tan sencillamente, caímos en la cuenta de que eran muchos los aspectos de nuestras vidas que necesitaban abrirse y quedar expuestos, para posibilitar su conversión, si verdaderamente queríamos vivir como cristianos.

Tres años más tarde el Capellán Nacional pidió ayuda: las CVX estaban atrayendo gente y se precisaba ayudar para comenzar nuevos grupos. Una pareja de mi grupo y yo nos ofrecimos a comenzar un nuevo grupo con algunas personas interesadas. Pero esto introdujo en nuestro grupo un elemento de tensión y una dificultad: una profunda amistad y solidaridad se había formado en

el seno del grupo, y la marcha de tres miembros venía a ser como un resquebrajamiento, una herida, para algunos como una amenaza. Entonces se planteó abiertamente la cuestión: ¿cuál, es la finalidad de nuestro grupo, de una CVX? ¿Mantenerse unidos o compartir con otros lo que hemos recibido? ¿Consumo propio o misión, salir, servir conforme a las necesidades que ocurran? Nos llevó dos o tres reuniones el aclarar las cosas antes de que cada cual en el grupo dijese: sí, marchad.

Nuestro nuevo grupo se desarrolló del modo que ya he descrito, pero a los tres años quedó expuesto a una crisis muy radical que habrá sido para nosotros la más fuerte experiencia de transformación.

Como es sabido, mayo de 1968 se distinguió por un movimiento estudiantil revolucionario que paralizó el país. En nuestro grupo había dos profesores de universidad con opiniones políticas muy marcadas y los acontecimientos del mundo estudiantil hicieron que estas opiniones se manifestasen abiertamente en el grupo, lo que provocó choques violentísimos. Hasta entonces las diferencias, sobre todo las políticas, habían permanecido latentes; ahora la fuerza de las circunstancias hizo que salieran a la superficie. No había otro remedio que afrontarlas abiertamente. Caímos en la cuenta de lo fácilmente que juzgamos a los demás, de lo fácilmente que nos atrincheramos en nuestras opiniones, cerrándonos a las de los demás.

Tardamos varios meses en vencer estas dificultades. Los intercambios se hicieron tensos, en una atmósfera de agresividad y defensa; luego se convirtieron en penosos, pero nos mantuvimos en diálogo y no cejamos, sobre todo en el rato de oración con que comenzábamos nuestras reuniones. Poco a poco fuimos cayendo en la cuenta de la necesidad de una sincera humildad y de estar abierto a las opiniones ajenas para llegar a la verdad. Entendimos que cada uno estaba llamado a aceptar a los demás como son y no como quisiera que fuesen, cada cual tiene que aceptar a los demás con sus diferencias y no porque satisfacen sus necesidades o porque existe cierta afinidad entre su manera de pensar y obrar y la nuestra. La función del capellán en



estos momentos fue particularmente importante y decisiva porque, como partes interesadas, nos faltaba la distancia necesaria para un juicio imparcial y objetivo. Pero es precisamente el momento en que el grupo recibe la experiencia de la salvación como grupo, la fuerza salvadora de Cristo y lo que es la reconciliación para el mismo grupo. Para esto es necesaria la presencia de un guía o capellán que indique el camino que conduce a Cristo.

Lo más extraordinario fue que, a pesar de la enorme gama de opiniones políticas, nadie abandonó el grupo durante la crisis. Todos cambiamos y también el grupo cambió. Nuestras relaciones mutuas eran diferentes: nuestro respeto mutuo era más profundo, para incluir la aceptación de nuestras diferencias y el reconocimiento de la diversidad. Pero al mismo tiempo surgió la cuestión: de frente a tal diversidad, ¿qué es lo que nos une y cuáles consideramos como las prioridades en nuestro servicio? Estudiamos estas cuestiones en nuestras reuniones y compartimos nuestras ideas con menos seguridad que antes, pero con mayor espíritu de discernimiento. La tormenta nos había enseñado muchas lecciones. Ahora el grupo tenía más sensibilidad y apertura para poder ayudar a sus componentes al abordar las decisiones que tenían que tomar. Habíamos atravesado un umbral.

### **3. Las decisiones que tuve que tomar cuando me pidieron trabajar a tiempo completo en las CVX**

La primera vez fue para trabajar en mi propio país, poco después de haber entrado en un grupo de las CVX. Mi contrato anterior había expirado y se me pidió aceptar otra responsabilidad en las oficinas centrales de un sindicato obrero, lo que era una continuación natural de mi ocupación anterior. En aquel preciso momento recibí una carta preguntándome si estaría dispuesta a emplearme a tiempo completo en las CVX. ¿Qué hacer? ¿Cómo tomar la decisión? Por aquel entonces yo tenía un conocimiento muy limitado de cómo proceder en estas cuestiones. Así, pues, pedí hora al mismo Padre jesuita que antes me había disuadido de hacer

inmediatamente los ejercicios de 30 días.

Cuando fui a verle, estaba como acorralada: ¿escogería esto o aquello? Acorralada en la estrechez de mi propio horizonte. Me escuchó y debió explicarme cómo hacer la elección. Ya no recuerdo todas sus palabras, pero lo que sí recuerdo es su total libertad respecto a las dos opciones. ¿Esperaba yo que me dijera: Mira, creo que deberías hacer esto o lo de más allá? No lo sé, pero me ha dejado una profunda huella la manera cómo me ayudó a tomar yo misma la decisión. Entraba el elemento de la oración y también la reflexión, pero "deja que salga a la luz". Y eso fue lo que ocurrió. Al cabo de unos días estaba claro que la llamada, ahora, era para trabajar a tiempo completo en las CVX. Cuando salí de la casa de este Padre, respiraba de nuevo con libertad. La elección que tenía que afrontar estaba en su justo puesto; sería una respuesta a lo que apareciera como la llamada del Señor, apuntando a un objetivo más alto. No sabía lo que sería, pero no era esto lo que me importaba, sino que era un medio para ser fiel a la obra del Señor. El horizonte había cambiado. Si menciono esto es sencillamente porque en aquella ocasión recibí más que una ayuda para tomar aquella decisión en concreto: me fue dado entender lo que es realmente un guía, no con sus palabras sino justamente por lo que ví. Esta experiencia me ha acompañado toda la vida. Cuando se nos llama a ayudar a alguien de una u otra forma (como guía, como capellán...) no es tanto por las palabras como comunicamos lo que tenemos que ofrecerle; es más bien por nuestra misma manera de ser.

Cuando nueve años más tarde, tuve que tomar una decisión similar, esta vez a nivel internacional, mi grupo de las CVX desempeñó un papel decisivo. En un clima de oración, cada componente del grupo me comunicó el resultado de su oración y reflexión, las razones en favor y en contra que veía y luego me dejaron continuar mi propio discernimiento, con todos estos datos. Pero para entonces mi grupo era ya una comunidad, se había desarrollado, y todos nosotros teníamos la apertura y compromiso suficiente para buscar la voluntad del

Señor. Era una decisión mía personal, pero la comunidad de la que era miembro reflexionó sobre ella, oró y la maduró. "Maduró" no en el sentido de que me dijeran lo que tenía que hacer sino de crear una atmósfera de mayor libertad.



*envío*

**PUBLICACION MENSUAL  
DEL INSTITUTO HISTORICO CENTROAMERICANO**

**CADA NUMERO LE OFRECE:**

- \* *Un análisis sistemático de la coyuntura nicaragüense.*
- \* *Informes sobre temas básicos para comprender la evolución del proceso revolucionario.*

**INFORMACION Y ANALISIS DE NICARAGUA  
DESDE NICARAGUA**

**Subscripción anual (12 números):**

**NICARAGUA: C\$ 6.000.00**

**AMERICA LATINA Y CENTROAMERICA: U.S.\$25.00**

**ESTADOS UNIDOS Y EUROPA: U.S.\$40.00**

Se distribuye en el extranjero en inglés, francés, alemán y español.

**PIDA INFORMACION A ENVIO  
INSTITUTO HISTORICO CENTROAMERICANO**

**Apartado A-194  
Managua, Nicaragua**